

MIRKO LAUER
SOBRE VIVIR

11 estrofas de comentario al síndrome de abstinencia, a un poema de Luis Hernández y a la expresión "hacer el oso".

No era mi intención hacer el poema por la herida, ni repalpitar el bofe, haciendo natural una respiración artificada por el hócico abierto del amor. Yo quise la flotada labia del tutú, y la esmerada gracia del Casares; pero parece que nuestro tema es lo que no era la intención, igual que el líquido es lo que no era la jeringa, y la dulzura decididamente es lo voluntario que no sobrevivió, ahora blandura de madre y dureza de boj.

Mira lo que pasó con la poesía, oh mira lo que pasó con el deseo: su sombra leporina, su revés clavable y punzoparalizante, sus descartables que me hacen besar y besar tu mejilla azul, hincada y facetada su cegadora insistencia de lapizlázuli. Me pregunto si es realmente tarde para besar, insuficiente, tu convulso cachete, pero en el fondo sé: no es tarde: aquí está el tahir pasando el amor por debajo de la mesa.

Mesa desatendida en la que nos observa comer el saltimbanqui desde el tazón la vida mixta con el camote del perro y el atún del gato, en permanente picadura las cáscaras de diversas frutas sub-tropicales revueltas, como en frío fogón, con la austera bacanal de su reparto, vida camino de un culo que gravemente lo engulle y lo silencia todo, banal, apenas mencionable, y ya derrotado y triste como un cíclope.

Y un plato vacío como un halo del que alguien complicadamente no ha comido, con el ojo fijo del pájaro y la beatitud carnosa del mordisco, y el hectolitro trágico de sopa que hace un metro cúbico de man, y aceita, crujiente, el cuerpo hexagonal del mancornado pesista cuyas cicatrices son el ecuador, y cuyas hernias se abultan como frases para levantar el mundo y limpiar tu corazón de sus estacas.

Tu corazón un corazón listado de satenes, erizado de oblicuos vertederos por los que el funámbulo precipita sus claros sucedáneos, y desliza un cuerpo de aserrín a través de un cuerpo de trapo, y en el anverso de la mariposa críptica cala el diseño de la tarántula manual cuyo automatismo vivaz asusta, premonitorio, sagaz y semejante, y descose, discreto, el índigo de tu escapulario inaccesible.

Detesto declarar a tu corazón friable un paralítico infantil, y no lo hago, puesto que, según Adán, no se existe previo a la piedra, y nada puede calibrar exactamente la delgadez ambigua de lo purificado, y la rara manera como la ciega planta pisa la trampa ósea, y en su zigzagueada danza empalma la golosina con el placebo, hace en la cavidad del pelvis el occipucio, y estrecha la garfiada mano del contacto en la caverna flu del avestruz.

Nadie quiere comprenderte cuando tomas el zapallo del oso para ti, asumiendo el anillo de su nariz intermedia como una falangeta, para que la uña no siga creciendo en cualquier punto de la piel, tejida y acechante como el remolino sin Kayak de nuestras llagas, y la sublime baba de la golondrina que fabrica, como de la nada, esas oscuras canicas del escarabajo que en el quirófano siempre sobran, como inmensas esferas armilares.

El oso lleva pegada la gomina del mundo, y en su silueta la curva línea de la foca toda cuartos traseros y el mapa punteado de la vaca, exactamente del otro lado de la madre, husmeada por mastines, la insolicitada que echa los perros sobre la celosa boca de la madriguera, y al pianodoble para que entregue la mitad de la canción, y siluetea la cara del poeta separando tensamente a la virgen del niño: vírgula cruzada sobre el tondo.

La vena azul que desciende de la quijada a la frente es el Danubio, y es el Ganges plateado también que hojeando te refleja en el mirabano de las celestes páginas: "Señor, ten piedad de mi hijo..." Pero el plantígrado es pagano y se acaricia la frente; sin necesidad, sin apelación, cae libre por el agujero de cada palabra, y junta como tantas almendras las monedas inflexibles, y dobla el panal envenenado.

Imagino que hasta el último momento parecía increíble que el oso al danzar lavara una miseria. El oso joven, crespudo y vaginal, y la danza madura y cuaresmática, hacen una extraña combinación: el movimiento de su pata jugosa y arañada, breve, pasada por trampa, y la pelambre inmóvil y desaseada. El hocico descansa sobre el cojín como sobre la boca furiosa de un volcán. La madre ha abierto su vientre de bengala, y te ha plantado palmar sobre la playa:

entre los cuerpos que gritan el oleaje tendido tiene un don de lenguas; las olas pueden ser aquellas llamas encendidas sobre las coronillas de los apóstoles, y toda la andrajosa multitud con la que avanzo y retrocedo, ávida de mar la toma mi ojo laico por una congregación de pentecostistas: olas gritando palabras de sal con sus papilas de dulce, gritando históricas con su estrépito, cuerdas, y vocales. Pero el oso es mudo. Tú me entiendes.